

Senado, el conde se resignó á aceptar la lugartenencia de parte del Senado que se la conferían interin Luis Estanislao Javier de Francia, aceptaba la Constitución.—14 de Abril de 1814.—Con esto y con decir al Senado, el conde de Artois, en nombre de su hermano, que éste admitiría las bases de la Constitución, lo que no era ciertamente decir que la admitía integralmente y que la juraría, se transformó el gobierno provisional en Consejo de gobierno para auxiliar al conde, uniéndose al mismo á los mariscales Oudinot y Moncey.

Lo que á los realistas preocupaba más era el ejército en el que se mantenía vivo el espíritu patriótico exaltado ahora por su inmerecida desgracia y por la presencia de los extranjeros. Penetrarlo y dominarlo era lo que se proponían y por esto principiaron para imponerle la escarapela blanca, lo que lograron de esta manera, notificándole á Jourdan que mandaba en Ruan, que el ejército lo había ya tomado; éste entonces se resignó, la hizo tomar á sus tropas, y luégo citando este ejemplo á los soldados de París, pero ocultándoles la maniobra se consiguió que éstos la tomasen á su vez, cuando aún los colores tricolores se hacían respetar del enemigo.

Carnot, en Anveres, no sólo mantenía sus enemigos á distancia, sino que enviaba á cinco mil de sus soldados al general Maison que aún se batía en Flandes. En Berg op Zoon los ingleses acababan de perder cuatro mil hombres al querer arrebatarle dicha plaza. Cuando se hubo consumado la ruina de Napoleon, Carnot, en Anveres, Maison, en Lille, Daumesnil, en París mismo, en Vicennes, declararon que sólo obedecerían las órdenes del rey, mientras en Alsacia el conde Marmier hacía todavía respetar la bandera tricolor que ondeaba en Hungría sitiada hacía ya cinco meses. Rapp, en Dantzic y Davout, en Hamburg, hacían otro tanto. Cuando Beningsen enteró á Davout lo que había ocurrido en Francia, mandó poner al lado de las banderas aliadas la bandera blanca, Davout la saludó mandando hacer fuego contra ella. Cuando se enteró de todo oficialmente, cesó las hostilidades, pero declaró como Carnot, que no obedecería mas que las órdenes del rey,—28 de Abril.

Este estado de cosas mantenía á los aliados en un estado de irritación que se traducía en punibles actos cometidos por la soldadesca, lo que hacía reclamar por todos lados la evacuación del territorio, que no debía convenirle sin grande miramiento, dado que unas buenas negociaciones hubieran podido sacar para Francia algunas concesiones que los

aliados hubieran hecho. Pero Talleyrand y el conde de Artois creyeron hacerse populares aceptando la evacuación sobre la base de las fronteras, del 1.º de Enero de 1792, y en su virtud los aliados recobraron cincuenta y tres plazas fuertes y doce mil seiscientos cañones que las defendían.

Una vez se hubo firmado el convenio, y como se viera que la evacuación se iba arrastrando, entonces comprendieron todos la enorme é irremediable falta que habían cometido, que no era menor que la cometida por el duque de Angulema, quien de Burdeos á París fué buscando la popularidad al grito de ¡Abajo las quintas! y ¡Abajo los consumos! esto mientras en el Sud ó Mediodía de Francia, contagiado el populacho por lo que sucedía en España, se levantaba contra la Constitución del Senado y la quemaba en las plazas de los pueblos.

Luis XVIII al saber en Hartwell, en los alrededores de Londres, lo que pasaba en Francia, habiase preparado para entrar en ella cuanto antes posible, con la franca decisión de aceptar la Constitución del Senado. Pero Artois por un lado, del otro Montesquiou, y el mismo Talleyrand por la suya, pues éste ya buscaba como quedar en pié si los realistas intransigentes triunfaban, le indicaron que detuviera por unos días su llegada, y por esto no salió de Hartwell Luis XVIII hasta el 20 de Abril, quien se despidió del príncipe regente, diciéndole nada menos, «que después de la Providencia, á quien debía el restablecimiento del trono de su familia en Francia, era á Inglaterra.» Con lo cual, logró sólo Luis confesar su humillación, indisponerse con los patriotas franceses, y en estos momentos en quien más le importaba estar de acuerdo con Alejandro de Rusia, que era quien defendía á Francia contra los furores expoliadores de Prusia.

Hasta el 29 de Abril no llegó Luis á Copiegne, en donde se detuvo antes de entrar en París para saber lo que debía hacer, y allí fué á presentarle Berthier el homenaje del ejército. Luis enterado ya del mal efecto que habían causado sus palabras al regente inglés, se deshizo en elogios del ejército por sus grandes hazañas á través de toda Europa.

Los realistas reunidos en Copiegne, convencieron al rey, que lo que en aquellos momentos convenía, ya que no era posible hacer otra cosa, era salvar el principio del derecho real, declarar que era el rey quien concedía á Francia una Constitución y no quien la recibía de ella, y como esto estuviera á punto de producir un conflicto, el mismo emperador Alejandro pasó á Copiegne á disuadir á Luis de sus propósitos, sin poder conseguirlo. Y como ni el

Senado, ni el Cuerpo legislativo se mantuvieron á la altura de las circunstancias, vino la declaración de Saint-Ouen de 3 de Mayo, en la que se decía que el rey admitía como buenas las bases del plan de Constitución propuestas por el Senado, por cuyo motivo convocaba para el 10 de Junio al Senado y Cuerpo legislativo, á fin de presentarle el trabajo que nos habremos hecho con una comisión escogida del seno de entrambos cuerpos, á lo que seguía la enumeración de las garantías constitucionales. Esto público, el rey hizo su entrada solemne en París el mismo día, el recibimiento que á los borbones hizo la gran ciudad no podía dejar de ser afectuosa, después de los grandes desastres del imperio, la vista del anciano y gotoso Luis XVIII, llevando á su lado á la duquesa de Angulema, á la hija de Luis XVI y de María Antonieta, que había visto salir del Temple á sus padres para ir al caldoso, y en su compañía al padre y abuelo del desgraciado duque de Enghien, no podía menos de afectar á un pueblo bondadoso y honrado, trocándose la deferente atención en simpatía, al hacerse público que la duquesa de Angulema se había desmayado al penetrar en las Tullerías, señal evidente de lo que había sentido y sufrido aquella alma en medio de su triunfal carrera por París. Como manifestación de los sentimientos populares, no hubo otra que la de los grandes aplausos tributados á la ex-guardia imperial, evidentemente tributados, más bien que á la guardia de Napoleon, á la alta representación del ejército vencido y humillado por sus faltas y al que se vindicaba en presencia misma del extranjero, que al día siguiente hizo desfilar á los vencedores de Leipzig por delante de Luis XVIII en la plaza del Carrousel.

Abriéronse inmediatamente las negociaciones para la paz sobre la base del convenio para la evacuación, triunfando desde luégo el pensamiento de Metternich, de separar completamente á Francia de todo cuanto hacía relación á Europa, pues el mapa político de Europa necesitaba una reforma completa, después de lo que la había embrollado Napoleon con sus anexiones y conquistas. Los políticos expertos hicieron lo posible para que Talleyrand no aceptase esta división y que fuera en París y no en Viena, ó por lo menos en Viena, en donde se decidiera todo, pero Talleyrand á pesar de las instancias de Dessolles, antiguo jefe de Estado mayor de Moreau y ahora miembro del Consejo real, no hizo nada, sin duda convencido de su inutilidad. En efecto, el millón de almas que se había ofrecido á Francia, además de sus antiguas fronteras que

dó reducido á seiscientos mil. No se adjudicó á Francia el Mediodía de Bélgica, que es lo que se quería para llegar al Rhin por Kaisers-Lautern y Spira, nadie apoyó estas pretensiones. Concedióse á la línea del Queich que aseguraba á Francia las comunicaciones de Landau, el departamento de Vancluse, antes condado Venaisim propiedad de la Santa Sede, una parte de Saboya con Chambery, y en fin, en el Jura, á Montbeliard. Respecto de las colonias Inglaterra, sólo devolvió á duras penas la Martinica, Guadalupe y la isla Borbon, declarando ya por adelantado Castlereagh, que Inglaterra entendía guardar todo lo que había conquistado, lo mismo la isla de Malta que el Cabo de Buena Esperanza que había tomado á los holandeses.

Sin embargo no dejaron de señalarse en París las grandes líneas de lo que debía hacerse en Viena, así se convino en constituir á Alemania en federación, á Suiza en Estado libre, y á la Italia se la dividía de nuevo en varios Estados independientes señalándose como límites de lo que se concedía en la península á Austria, el Po, el Tesino y el lago Mayor, de modo que se concedían á Francisco II, los Estados milaneses, venecianos y Mantua. Al rey de Cerdeña como indemnización de lo que perdía en Saboya se le adjudicaba la república de Génova, y á Holanda se le adjudicaban los Países-Bajos austriacos y el país de Lieja bajo la dinastía de los Orange-Nassau. De España nadie se ocupó, nadie hizo valer en París nuestros sacrificios, ni aun Alejandro que nos había pedido que nos mantuviéramos en armas un año más para que él pudiera terminar sus preparativos para la guerra de 1812.

La declaración de Saint-Ouen fué imposible de mantener. Los emigrados que habían regresado á Francia con Luis XVIII estaban furiosos y no querían hacer concesión alguna al ejemplo de España y de Fernando VII que presentaban como un gran rey era lo que enaltecían y aconsejaban, pero Luis XVIII más político que su hermano Carlos, resistió pero se avino en alejar de la Corte á todos los que podían esperar ser llamados por haber redactado el proyecto de Constitución del Senado, sin embargo, la exclusión no llegó hasta Boissi-d'Anglas el presidente de la Convención del año III, pero la Constitución contra lo ofrecido fué estudiada por tres comisarios independientes del Senado, por el ultra realista Dambray, el abate Montesquiou y el ingenioso y escéptico Beugnot. Redactado el proyecto se vino á la discusión en el seno de la comisión de las dos Cámaras en la que solo hicieron buena figura los hombres de la Revolución, los del imperio acabaron por

ser, como se dijo entonces de Fontanes, «más realistas que el rey.» Boissi-d'Anglas defendió la libertad de cultos y la hizo triunfar, pues aún cuando se declaraba que la religión del Estado era la católica, á este artículo le precedía otro en el que se decía «que cada uno podía profesar su religión con entera libertad obteniendo para su culto igual protección» que los católicos. La libertad de la prensa la obtuvo también Boissi-d'Anglas, sostenido ahora por Lainé. Nada se objetó sobre la inviolabilidad del rey, la responsabilidad ministerial y las dos cámaras. Tampoco promovió el menor debate el artículo catorce

que había de causar la ruina de la dinastía y que concedía al rey con el derecho de paz y guerra, el de hacer los reglamentos y ordenanzas necesarias para la ejecución de las leyes y la seguridad del Estado.

Respecto del Senado el rey se reservaba el derecho de nombrar los pares vitalicios é hereditarios á su voluntad. Los diputados eran elegidos por cinco años con renovación anual de un quinto, pero no podían ser elegidos sino los mayores de cuarenta años que pagasen en contribuciones directas mil pesetas lo que equivaldría hoy á dos mil. Los electo-



CARNOT

res debían pagar trescientas pesetas por igual concepto y ser mayores de treinta años.

«En suma, como dice Martín, de los principios del 89 subsistían las libertades políticas y la igualdad civil: las dos noblezas, la del antiguo régimen y la del imperio, la una restablecida y la otra conservada, no tenían privilegios, pero no les quedaba tampoco nada en punto á igualdad política. Tampoco se hacía concesión alguna á la democracia; la inmensa mayoría de la nación quedaba excluido de los negocios públicos; la Cámara que debía representar al pueblo no era más que una reunión de grandes censitarios elegidos por algunos millares de otros censitarios. No era ciertamente este el medio de interesar á las masas en favor del nuevo régimen.»

Como puerilidad insigne fué la de fechar la Constitución que habíase hecho discutir por un Boissi-

d'Anglas del año XIX del reinado de Luís XVIII, y se la llamó *Carta Constitucional*, promulgándose el día 4 de Junio siendo favorablemente acogida, pero la publicación del tratado de paz enfrió la satisfacción pública.

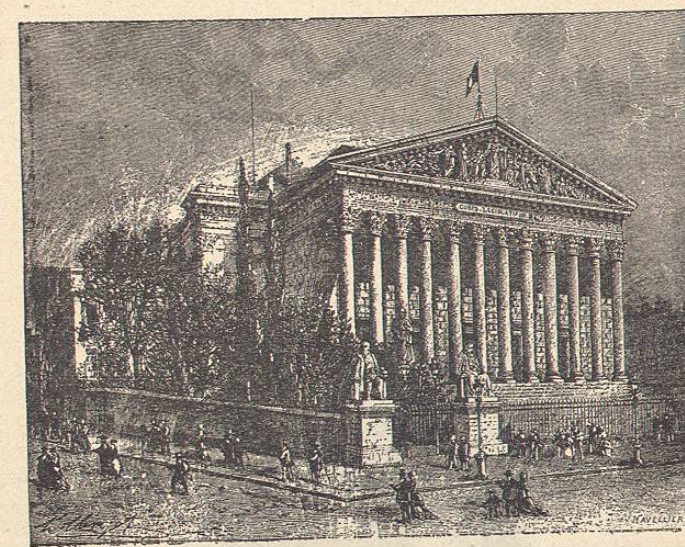
Los antiguos realistas dicho se está que estaban desesperados. Al constituir el Senado Luís XVIII, eligió del Senado de Napoleon nada menos que ochenta y tres pares, á los que unió unos cuarenta más y aunque estos en su casi totalidad eran hombres del antiguo régimen, sin embargo, se hizo una excepción en favor del elemento militar que era preciso atraer, por cuyo motivo se concedieron varios puestos á los mariscales. Pero la gran cuestión era la de los bienes de los emigrados y de la Iglesia. Nobles y curas agitaban el país en todos los sentidos y la chuanería había reaparecido para arrancar ahora á los compradores de bienes nacionales, aún

cuando fuera con su vida, los bienes que habían adquirido de los conventos ó de los emigrados.

A estos elementos de agitación pública se añadían otros que resultaban también por su situación especial no menos intransigentes. Tales eran los millares de soldados prisioneros que regresaban ahora á Francia y que no podían darse razón de lo que veían, y sobre todo los millares de soldados que á su modo regresaban victoriosos como los soldados de Maron, Carnot, Davout, Rapp y otros que no habían rendido sus armas. En suma, entraban ahora en Francia trescientos mil hombres, para quienes

era indudable que con solo ponerse de nuevo á su frente Napoleon, iban á conquistar en un día lo que tantos años les había costado á los aliados recuperar.

Que era imposible mantener en sus puestos á estos trescientos mil hombres que sumados con los doscientos mil hombres que había en Francia, daban medio millón de soldados, es innegable, pero precisamente cuando más peligroso era operar una reducción en el ejército, era cuando Luís XVIII organizaba su casa militar á la antigua usanza, cuando reaparecieron los guardias de corps, los mosquete-



Cuerpo legislativo.—Paris

ros, y la guardia noble compuesta de cinco ó seis mil caballeros nobles, emigrados ó hijos de emigrados á quienes se daba la paga de oficiales, cuando tantos miles de oficiales que se habían ilustrado en Rusia, Alemania, Italia y España debían ahora regresar á sus casas con medio sueldo. Pero aún se hizo más, Malouet, el antiguo constituyente, ahora ministro de Marina, devolvió á la marina con sus grados á los oficiales que habían combatido á Francia en buques extranjeros, y otro tanto hizo Dupont con los emigrados de Condé y otros. Esto, lo repetimos, en aquellos días no era político, pero no puede negarse que era justo una vez se había vencido á la revolución. En esta lucha entre lo equitativo y lo justo, la equidad llevó la peor parte, que por equidad se debía conservar en sus puestos á los militares de Napoleon, pues era de interés de la restauración rodearse de sus leales que tanto y tanto habían sufrido por su causa, y no era posible desoir los clamores de las víctimas.

La inconsecuencia en las quejas iba ahora hasta tener simpatías al duque de Chartres, al hijo de Felipe. Igualdad de quien se recordaba que había sido general de la revolución, pues de quien se olvidaba que había venido á España para combatir á los imperiales. Y como es imposible á un partido victorioso la prudencia, la restauración no se contentó con hacer grandes funerales expiatorios por los reyes guillotizados, lo que todo el mundo había de estimar en su lugar, sino que cantó al imperio el trágala, celebrándolos lo mismo para Cadoudal que para Pichegru. Estos actos temerarios habían de serle fatales, porque se irritaba á los ánimos en vez de apaciguarlos.

Sin embargo, lo que más contribuía á mantener el malestar público, era la camarilla de Carlos que había caído bajo la dirección, aunque parezca increíble, de Fouché y á la que se añadió Soult, por no poder estar este mariscal en donde estaban sus antiguos compañeros de armas á quienes tanto ha-